

Con los pies descalzos

Recortar el cuero de los zapatos, pegarles chicles por los bordes, tirar uno en el retrete de casa o salir a la calle descalza en plena lluvia no eran novedades. Mi madre se lo tomó desde el principio con bastante serenidad. Se limitaba a preguntar:

–¿Por qué llevas un solo zapato?

–En el colegio dicen que tengo una pierna más larga que otra. Y es verdad. Voy más cómoda con un solo zapato.

Aquel día, mi madre me midió las piernas y quedó claro que eran las dos de la misma longitud.

–¿Y ahora?

–Me da lo mismo, voy mejor así.

Mi madre discutía luego con mi padre. El siempre andaba descalzo por la casa y, según ella, lo mío era afán de imitación.

Crecí odiando mis zapatos. Hubiera querido prenderles fuego o tirarlos por la ventana cuando mi madre no me viese. Pero mi madre tenía ojos en la nuca y en los omóplatos y me veía siempre. “*Niña métete los zapatos*” decía invariablemente, con aquella voz de los enfados que era como la de un sargento de fusileros.

No había noche que yo no soñara con mis zapatos. Me compraban otros pares, me calzaban en verano sandalias, daba igual. Yo veía siempre los mismos zapatos, los malditos *gorilas*, y los soñaba entre las aguas sucias de las alcantarillas. Un glub glub desencajado que me hacía feliz.

Desconozco las razones de este rencor. En mi infancia no existían los psiquiatras infantiles. Los padres nos daban de comer y nos mandaban al colegio. Hasta ahí llegaba su preocupación. Además, en mi casa había tres muchachos, o sea, que deberían pagarse estudios a mis tres hermanos y para mí bastaría con enseñarme a limpiar la casa y planchar pulcramente las camisas del señor. Mi padre no compartía aquellos planteamientos, pero se callaba. Era consciente de sus limitaciones económicas y se callaba. En casa disponía mi madre, sobre todo en la cuestión de los hijos. Y ella tenía muy claro que uno iba para militar, el otro para cura y el tercero probablemente quisiera ser médico, igual que el tío Arsenio.

De pronto, por casualidad, descubrí aquella foto. Sobre las rodillas de mi padre, yo me había quitado un zapato y lo enarbolaba como una bandera de libertad. Y él miraba mi

gesto con dos hoyuelos de risa contenida en las mejillas. Comprendí que la fotografía fue tomada por mi madre y no pude por menos de imaginar la discusión que siguió. Por la fecha, era la última foto que mi padre se hizo conmigo porque poco después se marchó a Rusia. Tal vez mi corazón vivía así desde entonces: con un pie descalzo, con una mano agarrada al zapato inútil, con un grito lleno de dolor perdiéndose en la soledad huérfana y terrible de mi vida.

Porque nada ni nadie pudo ya suplir la presencia de él. Ni siquiera mi madre lo hubiese conseguido, tanto más cuando no lo intentó. Seguramente no fue capaz de asimilar el espacio desnudo que mi padre dejó en la mesa, en el lecho y en aquel sillón donde solía leer *El Quijote* todas las noches. Y aunque apenas se escuchase su voz, aunque hablara siempre tan bajo y suave como un susurro musical, las paredes estaban de pronto tan desprovistas de amor que ya no fueron sino nidos de sombra.

A partir de entonces cambiaron mis sueños. Ahora iba corriendo detrás de mi padre en medio de un manglar tenebroso, de un pantano en el que me hundía sin remedio. Iba corriendo descalza, aterida, buscando su rastro a lo largo de una inmensidad oscura. Y nunca lo encontraba. Apenas me había quedado de él una mirada color ámbar que mi recuerdo perdía paso a paso. Un buen día, rozando la adolescencia, me di cuenta de que ya no podía dar forma siquiera a su voz. Esa tarde lloré con rabia. Me quité los zapatos y juré que nunca más los volvería a calzar. Pero mi madre me castigó sin ver *“Robín de los bosques”*, película que había esperado ansiosamente todo el verano, y al día siguiente me calzó ella misma antes de ir al colegio.

Comencé a sacarme los zapatos en el comedor, en el parque, en las meriendas de la tía Enriqueta... En cualquier rincón inesperado podían estar mis zapatos, flotando sobre la alfombra como barcos perdidos, abandonados en la bañera igual que despojos, ahogados entre los periódicos viejos del cuarto trastero. En cualquier parte que luego yo no recordaba para, al menos, no mentir cuando respondía a la pregunta eterna de mamá. *“¿Se puede saber dónde has dejado los zapatos?”* *“Por ahí, no me acuerdo”* decía yo.

Mi madre no podía entenderlo, pero yo me quería descalza. Porque mi zapato perdido era un símbolo de la pérdida paterna. Y así como estaba segura de recuperarlo, así también tenía el íntimo convencimiento de que mi padre vivía. En algún lugar frío y brumoso de aquella estepa rusa, mi padre solo esperaba una oportunidad para volver.

Mientras esto pudiera ocurrir, yo cumplí dieciséis años y cuando iba a las zapaterías me asaltaba una especie de ansiedad que acabó convirtiéndose en ataques periódicos de terror. Como de alguna forma había que solucionarlo, mamá buscó finalmente un psiquiatra amigo por el que nunca supiera la familia mi problema, no fuera que dijese que yo estaba tan loca como mi padre.

El psiquiatra aseguró que mi deseo de ir descalza significaba mi empeño en permanecer desasida del mundo, libre de trabas y prejuicios. Era como si la opresión del zapato representase lo mismo que debió ser para las chinas de antaño, obligadas por ley a vendarse los pies y convertirlos en muñones. ¿Acaso perseguía yo también el vellocino de oro? Y la imagen de Jasón con una única sandalia se convirtió durante mis años de instituto en el símbolo de mi rebeldía.

Nunca podré olvidar aquellos días sombríos mientras mi padre había muerto para todos menos para mí. Pero por cada uno de esos días existió después otro lleno de luz. De pronto, la noticia de que vivía estalló entre las paredes de la casa.

Vivía, mi padre vivía. Estuvo preso, tan lejos, y volvió.

Y nos fuimos a aquella otra casa grande, él y yo solos, porque con mi madre no fue posible nada. Él y yo a la casa grande, al jardín que cuidé con mis propias manos. Allí fueron muchas las cosas que mi padre me permitió hacer. Tenía prisa por recuperar su vida y todo se le escapaba a borbotones. No me extrañó que se separase de mi madre, aunque por aquel entonces no existiera el divorcio y tuviesen que arreglar sus vidas de forma provisional. Mamá nunca supo nuestra existencia de sueños y disparates. Y yo dejé que mi padre fuese marcando sus condiciones imposibles de vida. Me pidió que le llamara siempre por su nombre, Ignacio, aunque algunas veces por embromarle yo le llamase *Ñiñi*, y también *Doble Uve* por Casiopea, que él me señaló sobre el cielo, o *Sin Voz* porque hablaba muy bajo. *Lee que te lee* fue el último apodo y el que más gracia le hizo. Me dejó estudiar italiano y francés en vez de inglés, y cuando ya los dominaba, chino, que él aprendía conmigo. Hacíamos cosas completamente inútiles como traducir al esperanto las obras de Voltaire, aprendernos de memoria la guía telefónica, o competir en salto de baldosa. La calle era nuestro campo de batalla porque en casa se había puesto madera. Ni qué decir tiene que la fama de loco también regresó con Ignacio y se expandió fuera de la familia.

A medida que pasó el tiempo hablábamos más. Descubrimos que nunca nos habíamos contado las enormes amarguras que cada uno guardaba en su corazón y nuestras confidencias empezaron a ser con derecho a café y lágrima. Recuerdo una tarde en que le tocó el turno a su matrimonio. Ante mí se desvelaron años de soledad y abandono, momentos terribles que Ignacio guardó siempre bajo mil llaves. Confesó que nunca se hubiera ido a Rusia de no haberse desesperado. Y una tarde, sosteniendo mis ojos con aquella dulzura increíble que solo yo parecía conocer, me dijo:

–Hija, tú eres lo único que hice bien. El resto ha sido una equivocación.

Para entonces, él había dejado el ejército sin remordimiento alguno. Compaginó los años de su jubilación con la carrera de Bellas Artes y viajábamos por todo el mundo tras de sus cuadros, extrañamente solicitados.

–No sé qué ven en ellos –declaraba.

–¿Tú qué pintas? –le preguntaba yo.

–Mis sentimientos –respondía sin dudar–. Mi corazón.

–Entonces será que tu corazón merece la pena.

Mi padre murió todavía joven, todavía inocente, creyendo en los hombres y condenando las ideas. Había luchado por un mundo justo y esperaba sin esperanza. Murió con su mano entre las mías mientras mi madre aguardaba en el pasillo del hospital, preocupada por el testamento que él no había hecho. Yo permití que se llevara todo lo material mucho antes de saber lo que él guardaba en el cajón de su escritorio. Y solo años después, en un arranque de orden, descubrí aquellas cartas escritas para mí desde Rusia. Cartas que mi madre jamás mencionó y que ella le había devuelto al hacer efectiva la separación. Esa noche desentrañé de verdad aquel hermoso corazón lleno de los más honestos y nobles sentimientos que, probablemente, solo yo había disfrutado. Pero comprendí el terrible peligro que ello significaba: nunca podría encontrar un hombre igual.

Así fue, al menos, durante diez años en que mi complejo de Electra remendó conmigo el mundo. Volví a quitarme los zapatos. Volví a ser la niña de ojos asustados y pesadillas deformes que no encontraba sitio en los caminos y los recorría sin descanso, esta vez con la desesperación de saber que mi padre se había ido para siempre.

Al fin, una noche, cenando sola en Venecia, me encontré con un chino que no entendía la carta del restaurante porque no sabía inglés. Me gustó su forma de pedir ayuda con los ojos y aquel aire de soledad y desamparo que nunca había visto en un hombre.

Antes de terminar mi *panna cotta*, yo había decidido que le seguiría. Y él ni siquiera se asombró de que al levantarme olvidara mis zapatos debajo de la mesa.